

PALABRAS DE LA PRIMERA DAMA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, DRA. NOHRA PUYANA DE PASTRANA, EN LA CEREMONIA DE ENTREGA DEL “PREMIO HUMANITARIO IVY” POR PARTE DE LA “FUNDACIÓN INTERAMERICANA IVY” AL PADRE JAVIER DE NICOLÓ

Washington, 22 de octubre de 2001

Dicen que San Juan Bosco, el gran santo italiano, fundador de la Orden de los Salesianos, quien revolucionó el concepto de educación popular en el siglo diecinueve, tuvo un sueño profético cuando contaba apenas con nueve años de edad. En dicho sueño, el pequeño Juan se vio rodeado por una multitud de chiquillos que se peleaban entre sí, entre los cuales él intentaba hacer la paz, primero con exhortaciones y luego con los puños. Súbitamente apareció el Señor Jesucristo y le dijo: ¡No, no; tienes que ganártelos con la mansedumbre y el amor!”. Le indicó también que su maestra sería la Santísima Virgen, quien apareció en el sueño y le dijo: “Toma tu cayado de pastor y guía a tus ovejas”. Cuando María pronunció estas palabras los niños se convirtieron primero en bestias feroces y luego en ovejas mansas y pacíficas.

No es de extrañar que hoy, en pleno siglo XXI, otro italiano ejemplar, pero colombiano de corazón y de vocación,

perteneciente precisamente a la Orden de los Salecianos, tenga sueños similares a los de su patrono y fundador.

Ese sacerdote dinámico y bondadoso es el Padre Javier De Nicoló, quien también nos ha contado su sueño en un reciente libro sobre los niños de la calle. Ésta es la historia soñada por él, según sus propias palabras:

“Aparecí en el escenario de un barrio pobre, en medio de un típico ambiente callejero, con sus formas, colores y pintorescos personajes. Había música, como en una feria. Sin embargo, logré oír una voz muy clara que salía de un parlante y me decía: ‘Te esperábamos para indicarte lo que debes hacer. Ante todo, debes visitar persistentemente la calle, observar, tomar nota, aprender a comunicarte mediante una presencia amistosa, estimulante, y volverte amigo de los muchachos. Así aprenderás y entenderás el drama de la pobreza...’ “.

Ambos: San Juan Bosco, en 1824, y el Padre Javier De Nicoló, su fiel seguidor, en 1969, sintieron la intensa llamada del amor de Dios, pero no una llamada cualquiera. Esta vez la mirada bondadosa del Señor estaba personificada en las miradas a

veces duras y siempre carentes de afecto de los niños abandonados.

Desde entonces esa misión no los abandonó, porque la entrega a los demás y a lo máspreciado de la humanidad, que son los niños, es un fuego vital que impulsa a caminar y que deja una huella perdurable en los semejantes, en ese prójimo próximo del que habló Jesús.

Hoy me siento muy feliz y muy orgullosa de ser yo, como Primera Dama de Colombia, quien tiene la oportunidad de presentar a ustedes a este hombre bueno, que ha hecho tanto por los llamados “niños de la calle” y cuya vida ha sido ejemplo para todos los colombianos y para quienes han tenido la suerte de conocer su obra de amor, que ya cumple más de tres décadas.

El Padre Javier De Nicolás, siempre sonriente, siempre llevando encima su boina característica, ha cambiado la vida a cerca de 17.000 niños que ha recogido uno a uno de las calles, salvándolos de una existencia de miseria, de droga y de violencia, y que ha llevado a sus hogares para brindarles un

espacio de convivencia, de solidaridad, de aprendizaje y de sano crecimiento.

Hoy la mayoría de ellos son hombres y mujeres de bien, orgullosos de sí mismos y de su superación, que aportan a la sociedad y que ayudan a los demás a encontrar las oportunidades que un día ellos tuvieron la suerte de aprovechar.

La pobreza en países en vía de desarrollo, como lo es Colombia, es una realidad que no podemos soslayar, así el Gobierno y muchas organizaciones privadas y gentes de buena voluntad hagamos cuanto esté en nuestras manos por erradicarla.

Quien haya visto en las calles de ciudades como Bogotá, Cali, Barranquilla o Medellín a esos grupos de niños con la cara ennegrecida, el cabello sucio y enredado, los dientes rotos y carcomidos por las enfermedades, andando en grupos o deambulando solos, aspirando pegante y pidiendo una moneda a los transeúntes, ha visto el rostro más duro de la pobreza, de la inequidad social y, a menudo, el fruto desastroso de la violencia intrafamiliar.

Pues bien: sólo hombres como el Padre Javier De Nicoló y sus nobles colaboradores se han tomado el trabajo de acercarse a esos niños, de vencer su desconfianza, y de entrar poco a poco en el círculo de su amistad. Gracias a su dedicación, logran invitarlos primero a pequeños “clubes” en la calle donde aprenden a socializar y encuentran una mano amiga, refugio y comida. Finalmente, son los mismos niños y jóvenes quienes deciden, por su propia voluntad, participar en el programa Bosconia que lidera el Padre De Nicoló y entonces ingresan de lleno a alguno de sus centros de formación, aprenden a leer y escribir, a pintar o tocar música, a realizar oficios prácticos, y, algo muy importante, aprenden a amar y a ser amados, a respetar y a ser respetados.

Allí ellos encuentran mucho más que una casa o una escuela: encuentran un espacio de libertad y de amor que los hace crecer integralmente como personas y ciudadanos. ¡Ese es el legado de vida que el Padre Javier ha entregado a miles de jóvenes vidas que han pasado por su programa!

Podría hablarles por horas sobre la obra monumental de este hombre sencillo, de este “soñador de profesión”, pero sé que

ya la conocen y la valoran y que, gracias a ello, estamos hoy reunidos para presenciar la justa entrega al Padre Javier De Nicoló del Premio Humanitario IVY.

“Por sus frutos los conoceréis” dijo Jesús, y, si esto es así, 17.000 frutos de amor hablan de la empresa inigualable de un hombre ejemplar a quien hoy tengo el orgullo y el placer de acompañar, como su compatriota del corazón.

Doy gracias a la Fundación Interamericana IVY por el reconocimiento que hoy le hacen. Y doy gracias, sobre todo, al Padre Javier De Nicoló por creer en los niños de Colombia cuando muchos no creían, por ver la luz en unas miradas donde otros sólo veían oscuridad, por ver esperanza y afecto en unos rostros en los que otros sólo veían miedo.

¡Gracias, Padre Javier, por enseñarnos con su ejemplo que no existe mayor don sobre la tierra que el de dar amor a aquellos que más lo necesitan!

Muchas gracias